



¡ABANDONADA!

CUADRO DE D. JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA.

soberanos, le indujo á acometer, á su vez, tan difícil empresa en un imperio como el ruso, dividido en innumerables sectas y, lo que haría su obra en extremo espinosa, en tantas razas y hasta castas, contrapuestas en intereses de todo género, morales y materiales. Las ideas liberales fueron rechazadas por los que podían más que él en Rusia, por los Boyardos, aristocracia militar, cuya autoridad y cuya influencia, si mermadas por Pedro el Grande y la emperatriz Catalina, pesaban todavía mucho en una sociedad basada en la servidumbre más humilde.

Sus victorias, pues, su omnipotencia desde que empezó á decaer la de Napoleón, y su influjo irresistible en los Congresos de Viena, Leybach y Verona, no bastaron al emperador Alejandro para librarle del odio y las conspiraciones de los potentados rusos, que veían en él un obstáculo á sus despóticos procedimientos; obstáculo que ya sabían cómo franquear por experiencia propia en la persona del anterior autócrata. Así lo anunciaba desde 1815 el establecimiento de varias sociedades secretas con muy distintas pero significativas denominaciones, dirigidas á derribar, mejor dicho, á deshacerse del Emperador, y que éste creyó desautorizar con adherirse á las que laboraban por la independencia de Grecia, con que creía dar el golpe de gracia á la Turquía y poner el sello más glorioso á su reinado.

Las conspiraciones continuaban, sin embargo, sus trabajos y los extendían á los ejércitos, contando el famoso Pestel, que era quien principalmente las dirigía, con jefes muy caracterizados y un Hetman, un gran maestro, como si dijéramos, de los cosacos, á cuyas órdenes precisamente servía el menor de nuestros huérfanos españoles.

Fué descubierta la principal, esto es, la más temible de aquellas conspiraciones, y no nos atreveremos á afirmar que debieran sus fautores el perdón que obtuvieron á la influencia de nuestra compatriota la camarista de la Emperatriz, como asegura el manuscrito, ó á la piedad del Czar; pero es lo cierto que lo mismo el oficial español que su Hetman y el prócer Trubetzkoi, alma de la conjura, lograron salvar sus vidas, que muy poco después, en 1825, perderían en el cadalso, al oponerse á la proclamación del emperador Nicolás.

No todos, sin embargo, tuvieron que habérselas con el verdugo; porque el mayor de nuestros huérfanos pudo obtener la gracia de que su hermano, una vez perdonado, volviera al ejército, donde en la primera batalla reñida con los valientes mantenedores de la independencia del Cáucaso, lavó con su sangre la mancha de ingratitud y deslealtad que sus pocos años, su inexperiencia, de consiguiente, y las seducciones del Hetman rebelde, habían echado sobre su nombre.

Entretanto, y de camino para Crimea en seguimiento de sus proyectos contra Turquía, enfermó Alejandro, atribuyéndose, más que al rigor de la dolencia, á los efectos de pócima cruel la muerte de soberano tan insigne, á la edad todavía de cuarenta y ocho años y cuando esperaba poner, como hemos dicho, el sello á su ya inmensa reputación militar y política. No tardó en seguirle al sepulcro *su ángel*, la czarina Isabel Alexewna, la que con su amor y virtudes ejemplares le había fortificado en las creencias religiosas que formaban el fondo de su índole generosa, y dulcificado los escrúpulos de su conciencia, ya que aun en los momen-

tos de la muerte asomaban á sus labios con acento harto elocuente y dolorido.

Y aquí parece que debería terminar esta historia, ó tomar rumbo diferente, ya que, muerta la Emperatriz, cuyo nombre la sirve de título, y cesando la protección que había dispensado á nuestros jóvenes compatriotas, tomarían nueva dirección por donde asegurar las posiciones que debieron á aquella magnánima señora. ¿Seguiría el nuevo Czar otorgándoles una benevolencia que podríamos llamar heredada? ¿Olvidaría la concedida por la emperatriz Isabel y su hermano Constantino, que, al renunciar el trono, se la haría más y más obligatoria? Nicolás comenzó su reinado sofocando, según ya hemos indicado, una sublevación el día mismo de su entronizamiento, y quizás no pensara más que en acreditarlo con las armas.

Pero no hay historia sin epílogo; y ya que el manuscrito no nos lo ofrezca con el término de la tan interesante de nuestros huérfanos, vamos á darlo con la de su desventurado padre.

Por aquel tiempo aportó en Cádiz una fragata rusa, cuyo capitán, al desembarcar, fué á una botillería ó café en que solían ir á beber los oficiales de la guarnición. Entre el ruso y algunos de ellos debió provocarse el recuerdo de nuestros prisioneros llevados por los franceses á la campaña de 1812; y de la historia de los tan variados sucesos de la retirada, de la organización del *Imperial Alejandro*, la estancia de los que lo formaban en San Petersburgo y su regreso á España, fué la conversación á recaer en la magnanimidad del Czar y los nobilísimos y humanitarios sentimientos de la zarina Isabel, su esposa. De ahí á la anécdota de los huérfanos españoles, repetida cien veces y de boca en boca en la ciudad imperial del Neva, no podía tardarse en llegar; y por uno de esos casos más admirables que inverosímiles, resultó hallarse entre los circunstantes el mismísimo músico del Regimiento de Asturias, marido de la pobre demente muerta en el manicomio de Smolensko y padre de los protagonistas de la presente historia. Las sospechas que en él despertó la narración del marino ruso tardaron en abrirse paso á su inteligencia más que á su corazón, hasta que tomasen el carácter de una realidad que tanto debía halagar sus sentimientos de esposo y padre con la esperanza de recobrar prendas tan queridas. Y como era tan difícil obtener la certeza de que fueran efectivamente las que lloraba hacía más de doce años, puesto que no se había podido hacer llegar á sus oídos ningún nombre que le arrancara de dudas en punto de tan extraordinario interés, el buen músico se resolvió á aceptar una oferta que de muy buena voluntad le hizo el marino: la de llevarle á San Petersburgo en su viaje de regreso.

Embarcóse, en efecto; y acaso habría conseguido la inmensa fortuna de romper el velo misterioso que encubría el pasado de su familia desde la rota de Krasnow, si una tempestad no hubiera hecho pedazos la nave al salir de Cádiz, con lo que, y salvado después de indecibles esfuerzos, creyó deber abandonar un proyecto que tan pocas probabilidades le ofrecía de éxito.

Pero quedóle, más que la sospecha, el convencimiento de ser así como el punto de arranque de la peregrina historia de los huérfanos protegidos por la zarina Isabel, historia que, como supondrá el lector, se hizo repetir cien

veces por el caballeroso Capitán de la fragata rusa, buscando en los detalles más minuciosos y en la ingenuidad bien manifiesta de su interlocutor la realización de tan halagüeñas y legítimas esperanzas.

Y ¿qué cabe añadir á historia tan extraordinaria que no lleve su exposición á las nebulosas regiones de la leyenda, si no á las mentidas de una novela del más exaltado romanticismo?

Sólo el sentimiento de la, por más de un concepto, lamen-

table pérdida de manuscrito tan precioso, cuya publicación, ya lo hemos dicho, no sólo disiparía las dudas que este manco relato pueda provocar, sino que serviría á esclarecer puntos históricos de la campaña de Rusia, en que nuestros compatriotas pusieron una vez más de manifiesto las altas cualidades militares que siempre los han distinguido, el valor, la disciplina y la noble ambición de gloria para las banderas de su patria.

EL GENERAL JOSÉ G. DE ARTECHE.



HACIENDO POR LA VIDA.—CUADRO DE KLEEHAAS.

EL MILANO Y LA PALOMA

— ¡Siempre sales con lo mismo!
 — ¿Pues con qué quieres que salga,
 Si hace más de mes y medio
 Que me estáis pudriendo el alma
 Las dos; tú con tus desdenes
 Y ella con su mala entraña?
 — Desdenes.... ¡Qué cosas dices!
 — Sí, desdenes, Cayetana,
 Porque te gozas haciendo
 Desprecio de mis palabras,
 Y ni mis penas te afligen,
 Ni mis fatigas te ablandan;
 Y mientras para mis súplicas
 Te sueles llamar *Andana*,
 Son para ti el Evangelio
 Las que entre eructos y babas
 Te hace esa bruja, que el diablo
 Echó al mundo en hora mala.
 — Al fin y al cabo es mi madre.
 — No puede serlo quien trata
 De infernar nuestros amores,
 Buscando así tu desgracia.
 — Es que me quiere, y sospecha
 Que vienes aquí con malas
 Intenciones.
 — La conozco,
 Y eso en ella no me extraña;
 Porque la mujer que tiene
 Su historia llena de lañas,
 Y además está bebida
 Por tarde, noche y mañana,
 Y lleva el seso en las botas
 Y el raciocinio en la espalda,
 Piensa como piensan todos
 Los bichos de su calaña.
 — ¡Que estoy yo aquí!
 — Ya te he visto,
 Y no te pido las gracias,
 Porque yo por estas cosas
 No acostumbro á cobrar nada.
 ¡Malas intenciones!.... ¿Cuándo

Ni dónde ha visto ella nada
 Feo en mí, para que crea
 Que atento contra tu fama?
 Ni yo te pido imposibles,
 Ni quiero que tú los hagas,
 Porque, aunque cuando me miras
 Con esos ojos que abrasan,
 Y siento arder en mis venas
 El fuego de tus miradas,
 La sangre se me alborota
 Y el corazón se me salta,
 Y las sienas me golpean
 Y el deseo me emborracha,
 Sé sujetarme los nervios
 Como el catecismo manda,
 Porque si yo no pudiera
Comprimirme y tú faltaras
 Á tu deber por mi culpa,
 Te juro que me mataba.
 — ¡Tampoco!

— Por estas cruces.
 ¡Malas intenciones!.... ¡Papas!
 Lo que ella quiere es un prójimo
 Que tenga dos ó tres casas
 En buen sitio, con objeto
 De que la pague las trampas,
 Y la quite del oficio
 Y la dé cada semana,
 Para su uso, una corambre
 De vino tinto de Arganda.
 Por eso te está diciendo
 Siempre que no tengo nada;
 Y si tengo, porque el hombre
 Que es formal y que trabaja
 Y puede ser en la Curia
 Algo el día de mañana,
 Sostiene en cualquiera parte
 Decentemente una casa.
 Y sobre todo, á nosotros,
 Para vivir bien, nos basta
 Con una mesa de pino,

Y dos sillas y una cama,
 Y un pedazo de libreta,
 Y un cachito de navaja
 Para quitarte del mundo
 Si te da una idea mala.
 —¡Qué bruto eres, Ceferino
 —No soy bruto, Cayetana;
 Lo que hay es que he visto mucho,
 Y sé, porque tengo práctica,
 Que las mujeres sois frágiles
 Y que uno está á la que salta,
 Y que cuando no se espera
 Mete el demonio la pata.
 —¡Cuidao que estás hoy *espèdito!*
 —Bueno; mira, Cayetana:
 Tu madre me tiene entre ojos,
 Y aunque la hicieran tajadas
 Sé que no consentiría
 Nunca que tú te casaras
 Conmigo. Quiere decirse,
 Que porque la dé la gana
 Vamos á tener que estarnos
 Mirando las musarañas
 Hasta que Dios quiera hacernos
 El favor de despenarla.
 ¿No es eso? Pues cuando al hombre
 Le obligan las circunstancias
 Y no tiene más remedio
 Que hacer una animalada,
 Debe hacerla por encima
 De todo, si no es un mandria.
 —¿Qué quieres decir con eso,
 Ceferino?

—Casi nada.

¿Tú me aprecias?

—Ya lo sabes.

—¿Palabra de honor?

—Palabra.

—¿Pues si es verdad que me quieres,
 El lunes vas á la Fábrica,
 Yo te espero á la salida
 Junto á la *Veterinaria*;
 Sales, te vienes conmigo,
 Te deposito en mi casa,
 Onde estarás de seguro
 Cien veces mejor guardada,
 Y cuando tu madre vea
 Que se acabó lo que daban

Y que ya no hay quien la pague
 Los vicios que tú la pagas,
 Nos da su consentimiento,
 Si no por buenas, por malas,
 Y en seguida nos casamos
 Y aquí no ha ocurrido nada.
 —¡Justamente! Y antes de eso
 Me *camelas* con tu labia,
 Luego vas y te diviertes
 Conmigo un par de semanas,
 Como has hecho con la Zoila
 Y la Higinia y otras pavas;
 Después me das la *asoluta*
 Y me envías á mi casa
 Con idea de que cambie
 De aires una temporada;
 Y mientras me despellejan
 Los que conozcan la hazaña,
 Y me pone negro el cuerpo
 Mi madre por papanatas,
 Tú te quedas como siempre
 Riéndote de la gracia
 Y presumiendo en el barrio
 De granuja.

—¡Cayetana!.....

No me digas esas cosas
 Porque me partes el alma.

—Y tú no gastes saliva,
 Porque conozco tus mañas,
 Y sé del pie que cojeas
 Y sé los puntos que calzas.

—¡Que te equivocas!

—Lo siento.

—¡Piénsalo bien!

—No hace falta.

—¡Mira que me muero!

—Al hoyo.

—¡Mira que te adoro!

—Gracias.

—¿De modo que no me sigues?

—No estoy tan desesperada.

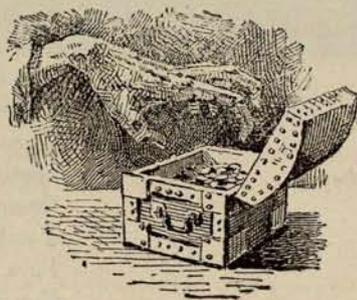
—¡Bueno, pues tú te lo pierdes!

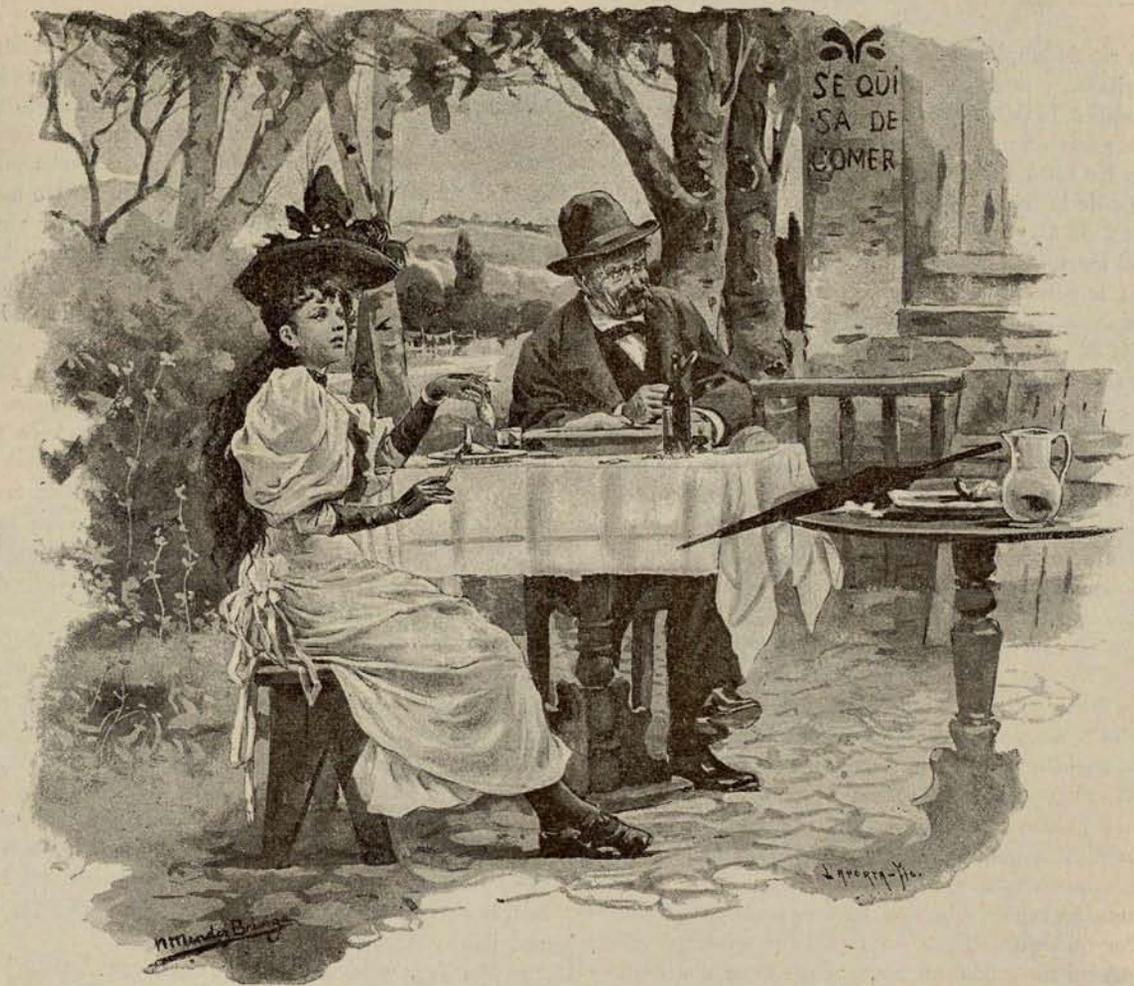
—¡Mejor, y tú te lo ganas!

Pero esta vez te ha salido

El tiro por la culata,
 Porque de mí no se rie
 Ni tú ni toda tu casta.

J. LÓPEZ SILVA.





LA PROCESIÓN HUMILDE

Le llevó por allí la casualidad, el deseo de ver árboles, su amor á la naturaleza. Todo lo había soportado con paciencia: la ausencia forzosa de París, de la ciudad natal, donde dejaba enterrada á su esposa; su emigración indefinida á un país extranjero, al azar, en el que ignoraba cómo le iría, exponiendo á su hija, una pobre niña en sus débiles doce años, poco á propósito para semejante vida aventurera, á los horrores de la miseria en una nación desconocida, corriendo el riesgo de que á la fábrica de electricidad, en la que acababa de ingresar de maquinista, le fuera mal en sus negocios y quebrase; pero con lo que no se resignaba era con el erial, con el desnudo erial en que se hallaba enclavada la nueva población de su residencia.

Al principio, las contingencias de su instalación, el desconocimiento del lugar, la necesidad de acomodarse al régimen distinto de su existencia, no le dejaron tiempo de pen-

sar en nada. Una vez acomodado en un modesto piso de las afueras, libre del aturdimiento de los primeros días, el primer domingo que arribó en sus tareas ordinarias brindándole al descanso, le trajo á la memoria aquellas excursiones deliciosas en vapor, en ómnibus ó en tren á los alrededores de la capital, con su familia; aquellas meriendas sobre la blanda hierba, bajo los frutales de las villas próximas á París; é invitado por algún camarada para pasar la tarde en las Ventas, sofocado por el polvo, entristecido por el tránsito de los entierros, harto de vino, con la melancolía del yermo metido en el alma, preguntó con asombro:—¿Pero en Madrid no hay campo?—Sí, en verdad, sólo que los habitantes de la villa coronada gustaban más que de las verdes praderas, de bailar en medio del remolino, junto al arroyo infecto, en la planicie seca y desabrida. Recordó entonces que viniendo á la corte en el tren había visto desde la ven-

tanilla un río de amplio cauce, aunque de poca agua, y una hermosa ribera, y preguntó á cualquiera de sus compañeros por el nombre de tal sitio. La Moncloa.

Aquella fiesta en medio de semana le sorprendió agradablemente. No faltó algún compañero que le advirtiera del simbolismo de la fecha, de lo que significaba para el pueblo español el 2 de Mayo; y enterado de que la Moncloa se hallaba en el extremo opuesto al lugar en que se verificaba la ceremonia, le pareció la ocasión de perlas para irse hacia el río. No conocía bien la población, y á media tarde metióse con su hija en un tranvía de la Estación del Norte, y allá se fué en busca de sus árboles queridos.

Reinaba un tiempo sereno y tranquilo, y se deslizaba una de esas tardes luminosas de Mayo en que por todas partes se advierte que la primavera ha entrado en su mayor edad. Al ver aquella ribera alfombrada de hierba, aquella profusión de casitas de los merenderos, aquellas grandes alamedas que juntaban sus copas, aquéllos espléndidos horizontes, la niña comenzó á palmoear, y el padre sintió una profunda alegría. Era el día festivo en la patria, en la gran capital del mundo, en el hogar de siempre, nunca olvidado. ¡Lo que gozaron los dos! Hablaron de la muerta, de la pobre madre que dormía el sueño eterno en el país; del bosque de Bolonia, del Sena, de mil cosas del ayer que les arrancaron más de un suspiro; de aquella vez que bebieron aquel vinillo de Saint Cloud, de aquella excursión que hicieron con el padrino á Fontainebleau, de las cerezas de Neuilly.....— «¿Te acuegdas, papá, de las fuentes de Versalles? Aquí dicen que coguen unas iguales no sé dónde.—En un sitio que se llama Aganjuez, hija mía. Igemos á verlas si tú quiegas.—¿Por qué no?—También esto es bonito, ¿vegdad, Emma?—A mí me gusta mucho, papá.—Pues nos vendremos por acá todos los domingos.» Así les huyeron las horas charlando. Al cabo se metieron á merendar en un ventorrillo, ó mejor, no se metieron, porque se acomodaron en un velador de madera delante del figón, en medio del campo.

La locomotora piloto de la línea del ferrocarril llamó luego la atención á la niña.—«¡Vamos á ver la máquina!» dijole la muchacha á su padre. Pero cuando allá se encaminaban, oyeron de pronto los acordes de una banda de música, y se pararon. De la iglesita campestre enclavada en mitad de aquella plazoleta, con su empujado y sus ebónibus en la fachada y sus dos campanitas sobre las tejas, salía una sencilla procesión, que se encaminó por la izquierda hacia el paso nivel de la vía; pero una procesión muy sin gular, sin santos, sin imágenes, sin custodia, con algún estandarte, con su piquete de infantería, y con sus curas de capa pluvial, vestidos extrañamente de luto. Un buen golpe de gente esperaba la aparición de la comitiva, y echó detrás. Los sacerdotes, la tropa, las cruces, avanzaron despacio al compás de una marcha fúnebre, mezclados casi con la muchedumbre que les rodeaba. Adivinábase allí, en aquella multitud y en aquel cortejo, una aspiración común, algo grave y solemne que guiaba los pasos de todos, cierta grandeza inexplicable, como un pueblo que va á rendir un culto.

—¿Vámonos también con ellos, papá?—dijole al electricista la francesita, excitada su curiosidad infantil por el atractivo del cuadro. El débil padre no encontró inconveniente en complacerla, y cogiéndola de la mano se hundieron en la multitud, acomodándose á la lenta marcha de los

demás. Empujados por la gente salvaron la vía férrea; llegaron ante unas tapias que trascendían á la legua á cementerio; traspusieron una verja de hierro, sorteando una cruz de piedra que les surgió al paso, y penetrando con dificultad entre el macizo de la gente por una estrecha puertecita, se encontraron en un recinto cerrado por cuatro muros enjalbegados de cal. El obrero esperaba descubrir allí nichos, tumbas, quizás un jardincito con siemprevivas, las flores fúnebres: no halló nada de eso, ni una inscripción, ni un epitafio, ni una lápida: un patio solitario y desnudo, y dos oscuros cipreses erguidos en el fondo.

Toda aquella gente se descubrió; un sacerdote asperjó el lugar con agua bendita, y luego rezó un responso en voz alta, al que contestó la muchedumbre. El francés presintió algo que le atañía muy de cerca, y se estremeció sin poderlo remediar. La hora misteriosa y dulce del crepúsculo de la tarde; el olor á hoja nueva que salvaba las tapias del lugar, traído por la brisa de las pobedas próximas; la serenidad del horizonte, obscureciéndose poco á poco; lo austero y extraño del sitio; la actitud recogida y respetuosa de la multitud; el rezo brotando en el silencio del campo; las campanas de la ermita que no cesaban de doblar á muerto: lo que de agosto y grande se adivinaba en la sencillez de la oración colectiva, cuanto tenía de solemne la ceremonia, se metió en el alma del obrero, y le entraron unos deseos furiosos de saber el motivo de semejante procesión.

Retirábase ya el cortejo. Aprovechó entonces el electricista la ocasión favorable, y encarándose con una vieja que cerca tenía y que le pareció, de las personas que le rodeaban, la de rostro más apacible, la dijo con timidez, y en un castellano chapurradísimo:

—Pardón, señoga..... soy extranjero. ¿Osté segá tan amable que me diga que es porque sale esta procesión.....?

La vieja le miró de frente con dos ojos que cortaban, y exclamó antes de contestar:

—¿No será usted franchute, por supuesto?

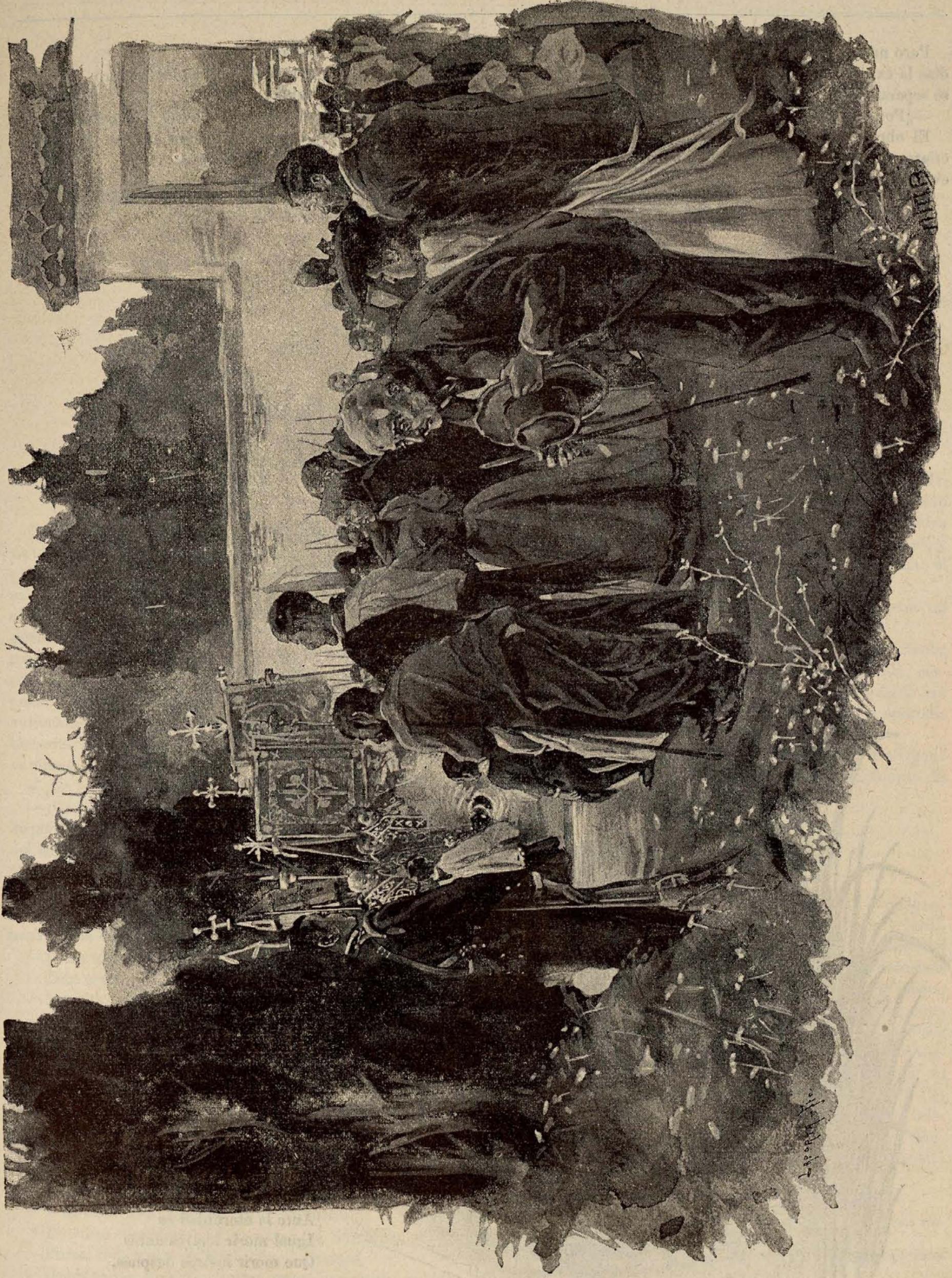
El obrero no se atrevió á confesar su nacionalidad; adivinaba un golpe cruel, una herida tremenda.

—No, señoga—replicó.

Entonces la abuela varió un tanto la expresión iracunda de sus pupilas, y repuso, dejando caer sus palabras llenas de odio una á una:

—Sobre la puerta ha podido usted leer el letrero que lo explica..... Aquí se hallan enterrados muchos buenos madrileños que el 2 de Mayo del año 8 fueron asesinados por los infames gabachos. ¡Sí, señor!..... ¡En este mismo lugar los fusilaron!..... ¡Pobrecitos!

Una de las oleadas de la muchedumbre apartó al obrero de la cicatera mujer. El pobre hombre no quiso escuchar más; ahogó en su pecho un rugido; se aguantó la afrenta; consideró que, aunque fuera muy doloroso á su patriotismo, aquella vieja era la historia que pronunciaba su fallo al concluir el siglo, á través del tiempo; la justicia que hablaba; lamentando la casualidad que le había traído á presenciar tales honras—al fin era francés—sintió una vehemente necesidad de librarse de la apoteosis de un martirio que significaba para él una bofetada, y reprimiendo un «¡Viva la France!» que se le escapaba á borbotones del pecho, tiró bruscamente de la mano de la niña, buscando pálido de cólera la salida.



LA PROCESSION HUMILDE

Pero no contaba con su hija, que había entendido á medias la explicación de la abuela y que le preguntó en cuanto se separaron de ella:

—¿Por qué ha sido esto, papá?

El obrero no se atrevió á decir la verdad á la inocente criatura, á inculpar él mismo á su patria, y la contestó una evasiva:

—Por unos que fusilagon aquí.

—Entonces voy á rezagles un padre nuestro—exclamó vivamente la muchachita.

Y véase cómo aquel 2 de Mayo, desde el cementerio de la Florida subió una purísima oración por el alma de las víctimas de una nieta de sus verdugos.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

VOZ DE LA INMENSIDAD

SONETO

¡Plácida, hermosa noche de verano!
Miro, bogando con feliz anhelo,
Arriba azul y luminoso el cielo
Y dormido á mis pies el Oceano.

Ni arroja espumas el cerúleo llano,
Ni alzan las brisas su abatido vuelo,
Y entre perfumes del florido suelo
Las notas llegan de cantar lejano.

Mas ¿qué pavor el ánimo intimida
Cuando á la calma y al amor despierta?
¡Ay! Entre dos abismos suspendida

Vaga sin rumbo la barquilla incierta,
Y me hablan en silencio de otra vida
El mar y el cielo, como tumba abierta!

MIGUEL GUTIÉRREZ.



¡LO MISMO DA!

DOLORA

Si son, del tiempo al través,
Los siglos breves instantes,
Ante la eternidad es
Igual morir lustros antes
Que morir lustros después.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

LA SOMBRA DE CERVANTES

ALEGORÍA

I.

Paseaba melancólicamente junto al solar extenso y rodeado de tablonés á que ha quedado reducido el histórico palacio de Medinaceli, cuando un hombre de aspecto grave salía de la cerca, saltando la empalizada como un ladrón, con un bulto en la mano. Sin duda se asustó al verme, creyéndose sorprendido, porque, perdiendo el equilibrio, dió consigo en tierra, lanzando al caer un gemido. Acudí á socorrerle, y cuál sería mi asombro al reconocer en aquel supuesto merodeador nada menos que á mi amigo el sabio anticuario D. Lesmes de los Fósiles, gran investigador de historias viejas, á quien hube de dar la mano y ayudar á levantarse.

—¿Se ha hecho usted daño?—le dije.

—¿Qué importa un porrazo más ó menos?—respondió—si he perdido el fruto de esta trasnochada. ¡Sí!—añadió alzando del suelo un aparato parecido á los cazamariposas de los chicos.—¡Se me ha escapado!

—¿Quién?

—El venerable Fray Tomás de la Virgen. Tres noches hace que le estaba acechando, y le había ya cazado.

—¿Pero usted caza frailes?

—Cazo sombras.

—Permita usted que me asombre.

—No o extraño, porque no está usted en el secreto, y debo revelárselo para que no me tome por un ladrón nocturno. Todos los eruditos poseemos una red de cazar sombras, como esta que usted ve, y salimos á las altas horas de la noche á caza de personajes de otros tiempos para interrogarlos.

—¿Y se dejan atrapar?

—¿Qué han de hacer? Ven tan poco que casi andan á tientas y huyendo de la luz.

—Y ustedes ¿cómo las ven en la obscuridad?

—Tenemos acostumbra la vista á las tinieblas.

—Buena broma me da usted, Sr. D. Lesmes.

—Hablo seriamente. Y si quiere usted cerciorarse, no tiene usted sino preguntárselo á quienes no me dejarán mentir:

ellos saben que Fernández Duro, Jiménez de la Espada, Luis Vidart y Justo Zaragoza, tuvieron la sombra de Colón entre sus mallas y costó trabajo hacérsela soltar; Menéndez Pelayo (1) tiene llenos de sombras sus armarios y baúles, y hay datos para sospechar que se las traga, según tiene el cuerpo lleno de noticias de otros tiempos.

—¿Y por qué ha cazado usted á ese venerable, para mí desconocido?

—Cada uno tiene sus piezas favoritas. El general Arteche caza héroes de la guerra de la Independencia; Pirala, carlistas y milicianos nacionales, y Castelar es feliz cuando cae un papa entre sus redes: yo he buscado á cuantas sombras pueden darme noticias para la historia de Cervantes.

—¿Y tenía algo que ver con eso Fr. Tomás de la Virgen?

—Ante todo sentémonos un rato junto á la fuente de Neptuno, porque me ha derrengado esta caída.

II.

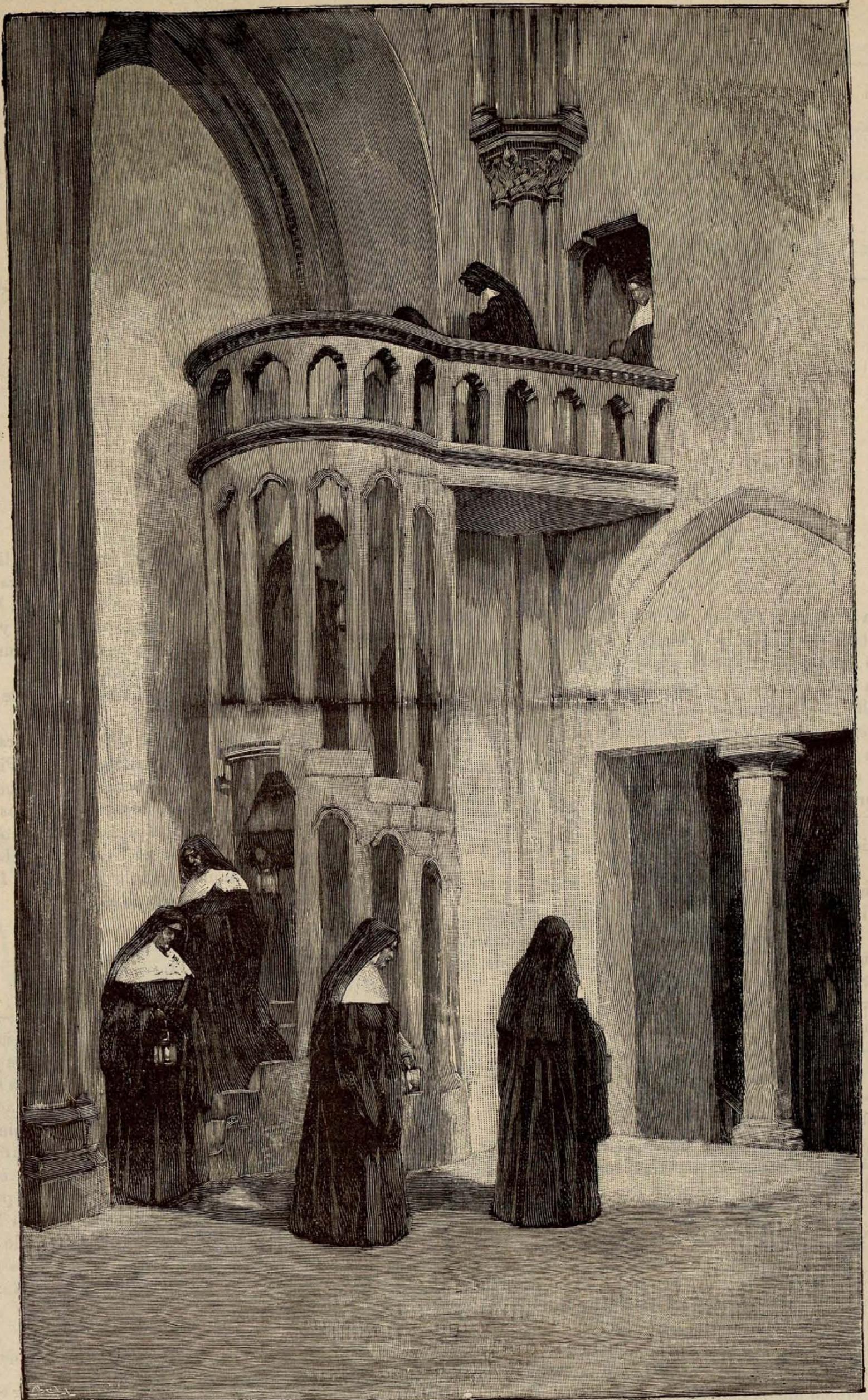
—En ese solar de Medinaceli —dijo el erudito— no ignorará usted que estuvieron en otro tiempo el palacio y jardines del famoso Duque de Lerma; éste cedió una parte del terreno, hacia la plaza de Jesús, á los Trinitarios descalzos para que fundaran un convento, y otra parte al lado mismo de la puerta principal de su palacio á los Capuchinos, cuya iglesia de San Antonio del Prado hemos visto derribar hace muy poco; una y otra fundación tenían conexión más ó menos directa con Cervantes: la de los Capuchinos, porque su instalación procesional en el palacio de Lerma en 1610 (2) fué en Madrid una fiesta popular, y aquel privado era asistente (3) de la Congregación de indignos esclavos del Santísimo Sacramento (4), á que Cervantes pertenecía: ¿asistió

(1) Conste que ninguno de los sabios que se citan, y á quienes respeto y quiero, tienen ninguna relación con D. Lesmes.

(2) *Vida y virtudes del B. Fr. Lorenzo de Brinda*, por el P. Fray Francisco de Ajofrin.

(3) Hermano mayor.

(4) Sita hoy en el oratorio del Olivar, calle de Cañizares.



MAITINES.—CUADRO DE E. RENARD.

el autor del *Quijote* á aquella ceremonia para congraciarse con un Mecenas tan poderoso, tío de su protector D. Bernardo de Rojas Sandoval, arzobispo de Toledo? No lo sé, pero no parece improbable. De todos modos, es cierto en absoluto que Cervantes veló al Santísimo y asistió á las ceremonias de la Esclavitud en la iglesia de los Trinitarios descalzos, que se alzó al lado de la que aun existe en la plazuela de Jesús, pues allí fué fundada dicha cofradía y allí subsistió hasta el 6 de Abril de 1615 (1).

—¿De modo que Cervantes oró muchas veces en ese solar en ruinas, que ha adquirido una compañía edificadora?
—Es indudable.

—¿Y haría ahí sus últimas devociones cuando se sentía herido de muerte por incurable hidropesía?

—No, y fíjese en la fecha: Cervantes murió el 23 de Abril de 1616, un año y diez y siete días después de haberse trasladado su Congregación á la iglesia del Espíritu Santo de Clérigos Menores.

—¿Subsiste aún?

—No; en su lugar se ha construido un edificio de significación muy diferente: el Congreso de los Diputados. Sí, en aquel recinto, testigo de tantas agitaciones parlamentarias, veló Cervantes de rodillas el Santísimo Sacramento, y acaso encomendó á Dios su alma con la certeza de la muerte.

—Entonces, la estatua de Cervantes ¿ha sido colocada á propósito delante de la antigua iglesia del Espíritu Santo, del convento de Capuchinos que vió fundar, y del palacio del jefe de la Congregación á que perteneció?

—No; ha sido instalada casualmente en esas condiciones.

—¿Y quién era Fr. Tomás de la Virgen?

—Era un trinitario descalzo, sobrino de Santo Tomás de Villanueva, que ingresó enfermo en el convento de la plazuela de Jesús el año 1613, y no volvió á salir de su celda en 34 años: tan larga fué su enfermedad (2). Su paciencia y prolongada prueba, sus virtudes, el don que tenía de consejo, su intuición para leer en los corazones y adivinar pensamientos, la fragancia que según su biógrafo se exhalaba de su celda hospitalaria, extendieron la fama de su santidad á tal punto, que acudían á verle y consultarle en sus tribulaciones los personajes más altos de la corte de Felipe III y más tarde de su hijo y sucesor: los mismos reyes quisieron visitarle: el Duque de Lerma acudió alguna vez al llamamiento del pobre trinitario; y una esquila suya era la recomendación más eficaz para conseguir en Palacio alguna gracia: era, pues, una fuerza política en aquel tiempo.

—¿Y qué relación hay entre ese venerable y Cervantes?

—Que siendo aquél trinitario, y Cervantes rescatado por la Orden, y teniendo su Congregación en la iglesia del convento, es también probable que visitara y conociera al prodigioso fraile: como es seguro que trató y conoció al virtuosísimo Simón de Rojas, su hermano de congregación, que tenía su celda en el convento de la Trinidad (3).

—¿Y no hizo Cervantes sus devociones en el oratorio del Olivar?

—Nunca: por la sencilla razón de haberse muerto hacía

treinta años cuando la Congregación se instaló en él definitivamente en 1646 (1). Volviendo al venerable Fr. Tomás, dicen que tuvo el don de leer en el pensamiento, y con ese objeto había capturado su sombra, para que leyese en el pensamiento de la sombra de Cervantes cuando la interrogue.

—¡Cómo! ¿Sabe usted dónde se halla?

—¡Ya lo creo! la tengo encerrada en mi despacho: por fin cayó en mis redes, y no la suelto hasta dejar en claro la vida, vicisitudes y las más ocultas intenciones del autor del *Quijote*.

—¿Y no habrá huído?

—Imposible: está rodeada de un círculo de luces y reducida por su gran elasticidad al tamaño de un huevo de paloma.

—¿Dentro de un magnífico estuche?

—Dentro de una primera edición del *Quijote*; 1605, sin la fecha repetida: auténtica é impresa en Madrid por Juan de la Cuesta.

III.

—Y ¿habló usted con la sombra de Cervantes? ¿Podré también significarle mi admiración y mi respeto?

—¿Sabe usted el idioma de las sombras? ¿Las nebulosidades del lenguaje arcaico y erudito con que los sabios nos comunicamos con el ayer?

—Ni una palabra: me contentaré con inclinarme ante Cervantes.

—¡Hum! Sepa usted que me tiene descontento: ha negado que tuviera con el *Quijote* otra intención que escribir una novela divertida, burlándose de los libros de caballerías, contra lo que yo sostengo.

—Pues si lo dice, hay que creerlo.

—Pues aunque lo diga hay que averiguarlo: no existe verdad en literatura hasta que no la sanciona la crítica. Todos los autores creen que sus obras son buenas.... ¿Hay que dejarse guiar por su opinión? No hay en historia nada definitivo hasta que no lo declaran los que saben.

—El *Quijote* era un libro colosal desde que lo escribió su autor.

—Niego: el *Quijote* fué en el siglo XVII un libro divertido, y nada más: empezó á ser libro serio en el siglo pasado: ahora es cuando es bueno, porque nosotros lo afirmamos.

—Permítame usted que no lo crea así.

—No permito. Si en el siglo XVII hubiera sido bueno el *Don Quijote*, no hubiera escrito estas palabras D. Juan Valldares Valdelomar en su historia manuscrita del *Caballero venturoso*: (no hallarás aquí «las ridículas y disparatadas figas de *Don Quijote de la Mancha*, que mayor las deja en las almas de los que leen, con el perdimiento del tiempo»). Ni el Licenciado Juan de Robles, en su *Primera parte del culto sevillano*, quince años después de la muerte de Cervan-

(1) Constitución y reglas para la Real Congregación de indignos esclavos del Santísimo Sacramento.

(2) *Vida del prodigioso Job de estos siglos, el venerable Fr. Tomás de la Virgen*, por el P. Fr. Francisco de San Bernardo.

(3) Hoy Ministerio de Fomento.

(1) Antes de esto se había trasladado, el 2 de Junio de 1617, á la iglesia de la Magdalena, de monjas agustinas, situada en la calle de Atocha. Véase lámina 52 del *Plano de la Villa y corte de Madrid*, por F. Martínez de la Torre y Asensio, 1800.

tes, refiriéndose á los jóvenes que se declaraban cultos: «En habiendo leído á *Guzmán de Alfarache* ó á *Don Quijote*.... se sueñan catedráticos de Salamanca.»

—Esto indica que algunos le daban valor.

—Los muchachos.

—Calderón hizo una comedia titulada *Don Quijote de la Mancha*. Lo leí en el *Semanario Pintoresco*.

—¡Uf! ¡Un periódico!

—¿No es cierto?

—Sí lo es; pero no porque lo diga el *Semanario*, sino porque lo asegura el Licenciado Andrés Sánchez Espejo en su «Relación de unas fiestas burlescas», que se celebraron en el Palacio Real: fué una comedia de Carnaval, y nada más. El mismo Salas de Barbadillo, en su dedicatoria de *La Estafeta del Dios Momo*, siendo novelista como Cervantes, elogia mucho á los Mecenas que le auxiliaron, «porque les parecía que el socorrer á los hombres virtuosamente ocupados, era limosna digna»: y si bien Pellicer cita á Cervantes, en un manuscrito que hemos disfrutado pocos, entre Homero, Virgilio, Heliodoro y otros, lo hace en defensa de Góngora y sin citar el *Quijote*; y además ese Pellicer y Tovar tiene una autoridad algo discutible.

—Pues, con perdón de usted, esa sola cita le coloca á más de un siglo de distancia y delantera entre los críticos.

—¿Qué sabe usted, joven?

—¿Joven yo?

—Todo es relativo; usted pertenece al siglo XIX.

—¿Y usted?

—Como si no perteneciera, que vivo siempre fuera de él.

—Pues bien, Sr. D. Lesmes; con el mayor respeto le advertiré que conozco á muchos académicos de la Historia y á casi todos los citados, y ninguno me trata con tanto desdén, y usted no es académico.

—Ni lo seré, ni quiero serlo: la Academia de la Historia es un cuerpo moderno; sólo data de Felipe V: acaso ninguno de esos señores ha leído al sevillano Francisco Morovelli de Puebla.

—¿Y usted?

—Tampoco; pero sé que en 1620 citaba la «Relación de las fiestas de Valladolid», escrita por Miguel Cervantes, para disculparse, con su ejemplo, de haber impreso en otra Relación el coste de las fiestas de Sevilla (1). Pero ¿qué significa eso? Que le daban autoridad por necesitar un apoyo, y lo mismo diré de la cita de Cristóbal de Mesa en su poema *La restauración de España*:

«Tú, que en tu *Galatea*, Miguel Cervantes (2),
Ganando nombre en siglos infinitos,
Vaticinaste aquellas obras antes,
Palma heroica anunciando á mis escritos.»

(1) Véase el artículo Morovelli, en el tomo III del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, formada con los apuntes de D. Bartolomé José Gallardo, etc. Fernández Navarrete sospechaba muy bien ser de Cervantes la Relación sin autor de las fiestas hechas en Valladolid en el nacimiento de Felipe IV, por los indicios de un soneto de Góngora que las reseña burlescamente, diciendo que se mandaron describir á Don Quijote y su escudero y al *Rucio*: Morovelli cita esa relación en 1626 dando por su autor á Miguel Servantes: era, pues, pública su paternidad, y como estaban entonces en Valladolid Góngora, Argensola y otros poetas, la elección de Cervantes fué una distinción extraordinaria: acaso el proceso tan inmediato pudo perjudicarle en el ánimo del Duque de Lerma en adelante.

(2) Mucho cuidado al leer este verso.

En cambio, en la carta-prólogo de las obras de D. Sebastián Francisco de Medrano, impresas en 1631, inserta este autor una larga lista de ingenios que reconoce superiores, y no cita á Cervantes.

—¿Puedo hacer una observación?

—Sí; porque necesito respirar.

—Quiero decir que en el siglo XVII se desarrolló con tal fuerza lo que hoy llamamos forma poética, que la prosa, incluyendo el *Quijote*, pudo parecer género inferior....

—Cite usted autores para probar eso.

—Es una observación sin pretensiones.

—Cállese usted, ó le aturdo con cincuenta citas que prueben lo contrario.

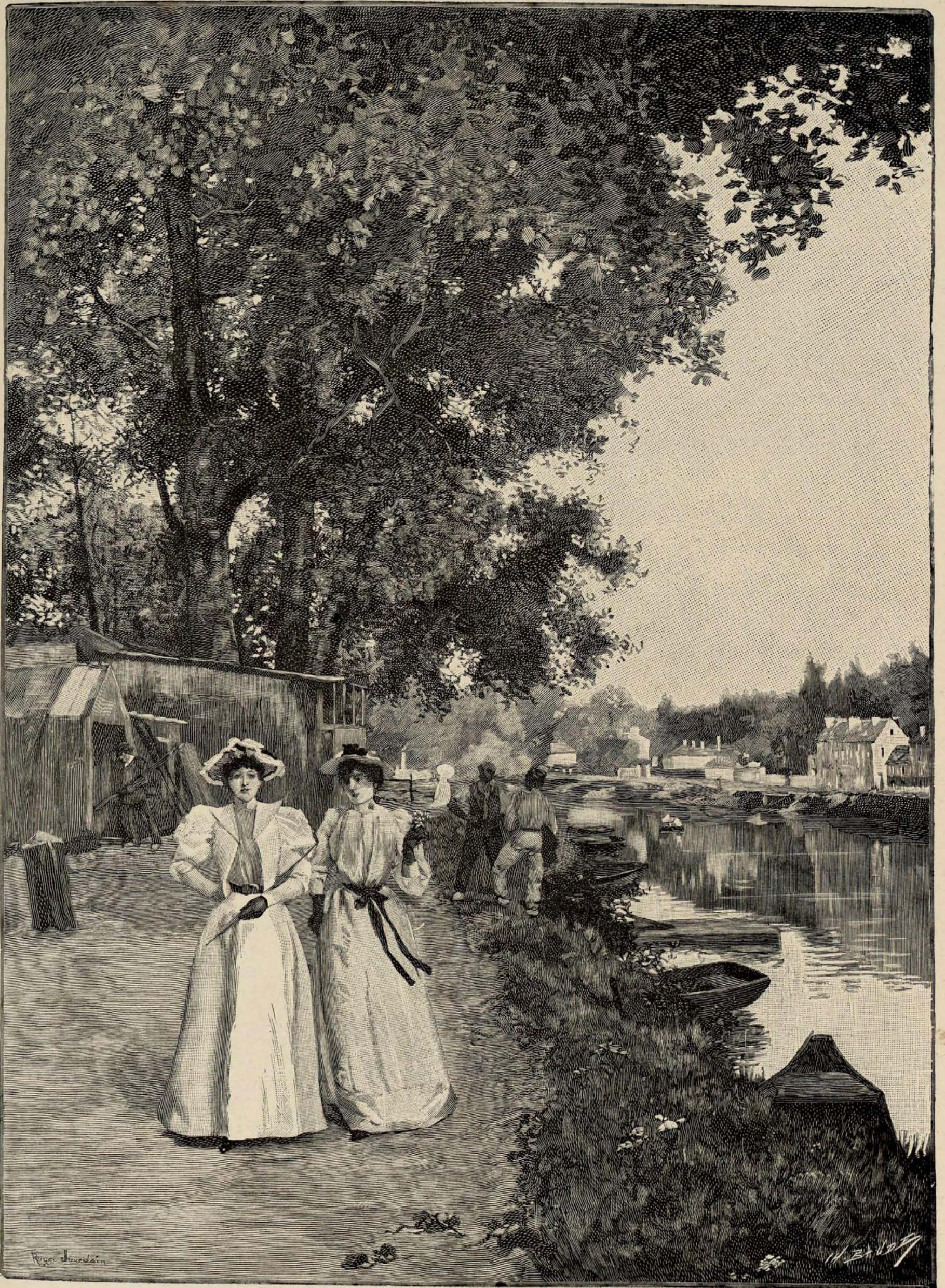
Me callé.

IV.

—Óigame usted—repuso el sabio—y aprenda cómo se discurre con pruebas. Fernández Navarrete, en su *Vida de Miguel Cervantes* (y aludo á un autor moderno porque se ocupaba de lo antiguo), cita entre los que combatieron los libros de caballería, antes que Cervantes, á Luis Vives, Melchor Cano, Alejo Venegas, Pedro Mexía, Alonso de Ulloa, Fray Luis de Granada, Benito Arias Montano y Pedro Malón de Chaide. Pues bien; omita á Andrés Laguna, que hizo una invectiva contra esos libros en la dedicatoria de su traducción de las «Oraciones de Cicerón», impresa en 1557; y aun pudo incluir al inca Garcilaso (1), si no anterior, por coetáneo, en el prólogo de su *Historia de la Florida*, como enemigo de esas fábulas. Y esto ¿qué le dice á usted? Que estaban esos libros condenados por la crítica cuando Cervantes dió á esa idea forma novelesca. Pero escuche usted y aprenda. ¿Querrá usted creer que hubo quien, muy entrado el siglo XVII, echó de menos esos libros? Francisco de Medina, si bien los ataca, reconoce en ellos propiedad y abundancia en el estilo; pero el P. Maestro Juan Córtes Osorio, reinando Carlos II, decía textualmente en su *Constancia de la Fe*: «Los antiguos se divertían en las fingidas hazañas de los libros de caballería; y aunque en muchas cosas fuera buena política el reformarlos, por lo menos tuvieron la conveniencia de teñir los ánimos de los españoles de aquellos generosos pensamientos con que ganaron tantas islas y tantos reinos, venciendo monstruos y obrando hazañas, con que dejaron más admiración en las historias que cuanto la ociosidad había mentido en las fábulas; pero ya aquellos libros no dan gusto....., etc., etc.» ¿Qué querría el buen padre? ¿Resucitar el libro de Caballería celestial que publicó en 1554 Jerónimo de San Pedro, y que era la Historia Sagrada en forma aventurera?

—Basta, basta. Tome usted aliento, y entretanto le diré que saco en limpio lo siguiente: la crítica condenó los libros de caballería hasta derribarlos, y después de muertos los lloró, no por amor, sino por derribar lo nuevamente edificado. Pero ¿hace usted el favor de decirme algo de lo que ha tratado con Cervantes?

(1) También el Licenciado D. Francisco de Valles, en sus *Cartas familiares de moralidad*, impresas en 1603, atacaba á los libros de caballería.



Á ORILLAS DEL SENA.—CUADRO DE JOURDAIN.

—Repito que me tiene disgustado. Aquí *inter nos*, los autores pierden mucho con su trato, aun en sombra. ¿No dirá usted qué pretende? Que se publique la causa de Valladolid, porque dice haber oído especies que le perjudican, y todo por el secreto con que se guarda ese documento, que abulta la malicia. ¡Vulgarizar un proceso que sólo hemos copiado algunos eruditos!..... Jamás. Si el público lo ignora, que se aguante. No me gusta murmurar de nadie y menos de una sombra, á quien no puede dolerle; pero ¿le parece á usted bien que Cervantes niegue la mayor parte de las noticias que acerca de su vida he comprobado? Pero no le soltaré hasta que él mismo las confirme. Aunque haya de estar cautivo en mi despacho otro tanto que en Argel. Lo dicho, dicho: ha de quedar en claro todo lo que á él se refiere y á sus libros. Si me incomoda, le diré que conozco por qué firmaba su apellido SaaVedra con V mayúscula en medio de dicción; sí, señor, por ser un apellido compuesto de dos voces gallegas, *saa* y *vedra*, y le llamaré *Sayaxieja* (1). Vamos á verle: he descansado ya.

Y levantándose, echó á andar con agilidad impropia de sus años, seguido por mí, que deseaba con ansia ver la sombra del hombre prodigioso. Díjole en el camino:

—¿Y salen todas las noches las sombras de sus sepulcros?

—¡Usted ignora todo! Las sombras que salen son las que

han sido expulsadas de sus tumbas. ¿Ve usted aquella silueta? Es la de Velázquez. ¿Aquella sombra? Es Lope de Vega: todas las noches pasea el pobre Alarcón entre las rejas de San Sebastián. Cada iglesia, cada palacio que se derriba, lanza de su sepulcro santos, artistas, guerreros, monjes y una legión de sombras, esparciendo por el viento cenizas y recuerdos, y aventando la mitad de nuestra historia.

V.

Llegamos á la casa. En medio de la mesa del despacho, y rodeado de velas encendidas, había un libro prensado bajo una losa mortuoria, arrancada de algún antiguo claustro.

—¿Está ahí?—pregunté á D. Lesmes en voz baja descubriéndome.

—Sí, y en estos legajos todas mis notas relativas á Cervantes.

Era un archivo completo.

El sabio se acercó á la mesa sin respeto, apartó la piedra, abrió el libro y dió un grito.

—¡Mi ejemplar!—exclamó con espanto.—¡Manchado de tinta mi ejemplar!

El sabio, por aclarar á Cervantes, le había estrujado y oprimido y prensado hasta convertirle en un borrón.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



LOS PESCADORES.—CUADRO DE DUBHOIT.

(1) *Saa*, sana, saya. *Vedra* (*ant.*), vieja ó antigua. Véase la significación de ambas voces en el *Diccionario Gallego* de D. Juan Cuveiro Piñol, Barcelona, 1876.